

FM-4589

ORACION FÚNEBRE

QUE EN LAS SOLEMNES EXÉQUIAS

DE

S. M. EL REY DON ALFONSO XII

(Q. S. G. H.),

CELEBRADAS EN S. FRANCISCO EL GRANDE

DE MADRID,

EL 12 DE DICIEMBRE DE 1885,

PRONUNCIÓ

EL EXCMO. É ILMO. SR.

DR. D. BENITO SANZ Y FORÉS,

ARZOBISPO DE VALLADOLID.



VALLADOLID:

Establecimiento tipográfico de la Viuda de Cuesta é Hijos,
CALLE DE CANTARRANAS, NÚMEROS 38 Y 40.

1886.

FM-4589

ORACION FÚNEBRE

QUE EN LAS SOLEMNES EXÉQUIAS

DE

S. M. EL REY DON ALFONSO XII

(Q. S. G. H.),

CELEBRADAS EN S. FRANCISCO EL GRANDE

DE MADRID,

EL 12 DE DICIEMBRE DE 1885,

PRONUNCIÓ

EL EXCMO. É ILMO. SR.

DR. D. BENITO SANZ Y FORÉS,

ARZOBISPO DE VALLADOLID.



VALLADOLID:

Establecimiento tipográfico de la Viuda de Cuesta é Hijos,
CALLE DE CANTARRANAS, NÚMEROS 38 Y 40.

1886.

Ayuntamiento de Madrid

ORACION FUNEBRE

DE EL REY DON ALFONSO XII

S. M. EL REY DON ALFONSO XII

DE MADRID

DE MADRID

DE MADRID

DE MADRID

DE MADRID

DE MADRID

DR. D. BENITO SANZ Y FORÉS



AYUNTAMIENTO DE MADRID



Ayuntamiento de Madrid

R/108.901



Unus est altissimus, Rex potens et metuendus nimis, sedens super thronum illius, et dominans Deus.—ECCLI., I, 8.

Señores:

CALAMITOSA es en verdad la época que atravesamos. ¡Cuántas desventuras vienen pesando sobre la España, tan feliz y envidiada en otros tiempos! ¡Cuántas desgracias llora la infortunada Nación! Las cataratas del cielo se abren, é inundaciones espantosas sumen en la miseria á fértiles comarcas. Los fundamentos de la tierra se conmueven, y terremotos repetidos convierten á pueblos florecientes en monton confuso de ruinas. Séres invisibles se infiltran en las aguas ó infician el aire, y engendran epidemia mortífera que produce espanto y desolacion en todas partes, mientras la muerte se pasea triunfante por las ciudades y las aldeas. La inquietud además, el malestar, la division de los ánimos, temores continuos de luchas y contiendas á impulso de pasiones desbordadas, fruto de doctrinas disolventes, roban la paz de los espíritus y mantienen en angustiosa espectacion á todas las clases.

¡Ah, señores, cuántos motivos de afliccion! Y cuando por un momento creíamos respirar tranquilos, en una tregua á lo menos tras tantas desventuras, hé aquí que un golpe rudo, terrible, descarga sobre la cabeza y hace llegar el dolor y la trepidacion á todos los miembros del cuerpo social. ¡Infausto dia el 25 de Noviembre! Los hilos eléctricos en inmensa ondulacion llevaron á la vez á todos los ángulos de la Monarquía la triste noticia: «S. M. el Rey D. Alfonso XII ha fallecido;» y lúgubre eco iba re-

pitiendo de pueblo en pueblo y de casa en casa, sembrando angustiosa zozobra: «el Rey ha muerto».

Oprimido el corazon, inclinamos la cabeza y besamos humillados la mano de Dios que nos azota, y levantando los ojos al cielo, hubimos de exclamar: Dios mío, Dios mío, ¿hasta cuándo te enojarás sin aplacarte? ¿Se encenderá como fuego tu celo contra nosotros (1) y se extenderá tu ira de generacion en generacion (2)? Hemos pecado, inícuamente obramos (3). Grandes son, Señor, tus juicios, porque no hicimos segun tus preceptos, ni anduvimos con sinceridad delante de Ti (4), Justamente somos afligidos (5); pero Tú has dicho que en el día de tus iras no te olvidarás de tus misericordias (6). Acuérdate, pues, de tus piedades, que son desde el siglo (7), y no tomes venganza de nuestros delitos y de los de nuestros padres (8): anticipense á nosotros prontamente tus misericordias; porque hemos quedado pobres en demasía (9). Señor, Dios de los poderíos, conviértenos, y muéstranos tu rostro y seremos salvos (10).

El Rey ha muerto. El amor á su persona y el respeto á S. M. os congregan hoy en este templo para honrar su memoria y orar por su alma. Habeis orado: la victima inmaculada, el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, se ha inmolado en sufragio por ella, y habeis dicho con la Iglesia, madre del Rey y madre nuestra: *Requiem æternam dona ei, Domine, et lux perpetua luceat ei cum sanctis tuis in æternum, quia pius es.* Dad, Señor, corona en el cielo á quien la ciñó en la tierra; sea Rey entre los reyes del cielo, y séalo eternamente quien por tan breve tiempo lo fué en la tierra.

Habeis querido que en momentos tan solemnes ocupe yo esta cátedra santa. He vacilado y he temido: bien lo sabeis. Vacilo y temo ahora: sábelo Dios. Orador más profundo en doctrina y de frase más correcta y elocuente debiera hablar hoy; pero pues es fuerza que lo haga yo, porque así lo quereis, escuchad benévolos á quien os habla como ministro de Dios.

He levantado los ojos hacia el Trono y no veo aparecer en él la majestad de Alfonso XII: buscándole los inclino al suelo, y des-

(1) Ps., LXXVIII, 5.

(2) Id., LXXXIV, 5.

(3) 1.ª Reg., VIII, 47.

(4) Tob., III, 5.

(5) Gen., XLII, 21.

(6) Habac., III, 2.

(7) Ps.; XXIV, 6.

(8) Tob., III, 3.

(9) Ps., LXXVIII, 8.

(10) Id., LXXIX, 20.

cubro su cadáver en un sepulcro. ¡Cuán efímera es la grandeza humana! ¡Cuán engañosa la felicidad en la tierra!

Tiendo la vista por la España que en las nobles cualidades del Rey fundaba halagüeñas esperanzas, y la contemplo acongojada por su muerte, y temerosa por sus consecuencias, y me siento forzado á exclamar, mirando al cielo: vano es confiar en los Príncipes y en los hijos de los hombres, en quienes no hay salud (1). Tú solo, Señor, eres el altísimo. Rey poderoso sentado en tu trono eterno, y Dios que domina (2). Tú solo eres nuestra esperanza y la torre de nuestra fortaleza (3).

Ya lo veis, una doble lección y una consoladora esperanza.

I.

Vanidad de vanidades, y todo es vanidad (4). Tal es la frase de triste desengaño que la experiencia propia arrancó al corazón y á los labios de un gran Rey. El mundo en sus errados juicios le tenía por feliz. Era Monarca, dominador pacífico de numeroso pueblo, poseía inmensas riquezas, veíase admirado y aplaudido por su singular sabiduría; no negó á su cuerpo género alguno de goces, y sin embargo, decía y repetía con la convicción profunda de cruel desengaño: todo es vanidad y aflicción de espíritu (5).

¡Ah, señores! No es esta la palabra de un hombre solo: es la voz del género humano que la repite sin cesar desde el día en que, cediendo á inspiración satánica, apartó los ojos y el corazón de Dios, su principio y su fin, y los fijó en la tierra. Ambicionando ser como Dios, con independencia de Él, dice San Agustín, vino á caer sobre sí mismo. Pero en sí mismo no encuentra el tesoro deseado, y buscándole cae sobre las criaturas (6). ¿Cómo hallará en ellas, que le son inferiores, lo que no encuentra en su propio ser, que en admirable compendio reúne lo que es perfección de todas?

Ser grande, ser feliz, ser más de lo que es, y para ello liberarse de cuanto humilla al orgullo, y mortifica á la sensualidad, poseer un bien que le produzca hartura, levantarse sobre sí mis-

(1) Ps., CXLV, 2.

(2) Eccl., I, 8.

(3) Ps., LX, 4.

(4) Eccles.; I, 2.

(5) Eccles., I, 14.

(6) De Trinit. lib. 12 cap. II.

mo y sobre los demás en todo orden. Hé aquí el problema. ¡Cuántas lucubraciones de renombrados filósofos para resolverle! En vano: el afán de cada día evidencia la inutilidad de los esfuerzos en el día que pasó. Desde el momento en que las pasiones se sobrepusieron á la razon, y los deseos del hombre se desordenaron, perdió la luz divina, y anda en seguimiento de fantasmas que huyen de él cuando cree abrazarlas, dejando un vacío que no se llena, una ansiedad que atormenta, un desengaño que desespera.

Con inspiracion divina decíalo el Profeta: toda carne es heno, y toda su gloria como flor del campo: se secó el heno, y cayó la flor, porque el espíritu del Señor sopló en él (1). Un pesado yugo oprime á los hijos de Adan desde el día en que salen del seno de su madre hasta el de su sepultura en el seno de la madre de todos, los pensamientos de su espíritu, los temores de su corazon, la espectacion de lo que sucederá y el día en que todo se acaba. Desde el que se sienta en trono hasta el que yace sobre ceniza, desde el que viste de púrpura hasta el que se cubre con lino crudo, el furor, la envidia, la inquietud, las rencillas, la ira porfiada, el temor de la muerte sobresaltan á su alma, aún en el lecho mismo, durante el sueño de la noche, en el tiempo del descanso. Esta es la suerte de toda carne (2).

Formando eco de estas frases un gran filósofo, que tambien aspiró á satisfacer su hambre y sed de felicidad y de grandeza con cuanto engañosamente la promete, exclamó, levantando á lo alto sus ojos iluminados por la luz del Cielo: ¡Nos creaste, Señor, para Tí, y nuestro corazon está inquieto hasta que descansa en Tí (3)! En Dios solo, señores, está la felicidad: Él es el fin del hombre, el término legítimo de sus aspiraciones, el único bien universal, infinito y eterno. Fuera de Él nada hay que á la vez pueda satisfacer á todos, nada que no sea limitado, nada que sea eterno, nada superior al hombre y que pueda levantarle sobre lo que es y darle dicha cumplida. Acercarse á Él por la fe, unírsele por el amor, poseerle en plena paz, hé aquí la grandeza y la felicidad que colocan al hombre sobre las miserias de la vida.

(1) Issai., XL, 6.

(3) S. Aug., confess., lib. 1, c. 1.

(2) Eccli., XL.

Porque hay muchos que cerrando los oídos á estas enseñanzas de la fe, y á la luz de la razón y la experiencia, consideran la felicidad como patrimonio exclusivo del que ocupa altos puestos y ejerce el poder, ó nada en la abundancia y vive en el regalo, Dios les llama de tiempo en tiempo á contemplar ejemplos que dicen á todos: la majestad del poder y el esplendor de la gloria terrena, sin librar de los dolores comunes á la humanidad, sometén á dolores más profundos, á pruebas más amargas. Dichoso quien, sufriendolas, se sobrepone con corazón magnánimo y las convierte en caudal de virtudes que preparan corona de inmortalidad. Dichoso quien considerándolas, bendice á la Providencia, que ha puesto ley de compensación entre goces y penas de la vida, y aprende á sobrellevar las suyas, adorando á Dios, que le humilla para exaltarle en día eterno.

Uno de esos grandes ejemplos es el malogrado Monarca, cuya memoria nos congrega. Nació para ser feliz, según el mundo. Hijo de Reyes, saludado en su nacimiento como iris de esperanza para la gran Nación tan trabajada y ansiosa de paz y de ventura, todo le sonreía en su infancia. El amor de sus augustos Padres, el respeto de sus servidores, la opulencia del Regio Alcázar, el trono en perspectiva. Felices se deslizaban sus años; cada paso que daba en la vida parecía asegurarle más el brillante porvenir, y en tranquilo sueño, no turbado por fantasmas que aterran, vislumbraba imágenes mil de encanto seductor. ¡Triste despertar del grato sueño! Dios permitió que se embravecieran los vientos y la mar, y se levantó la tempestad. Sordo rumor se percibió á lo lejos, y creciendo y acercándose, sobrevino tumulto, y agitación, y lucha y choque de armas, y empujado por la furiosa oleada el inocente Príncipe se vió de repente lejos del Trono, del Alcázar y de la Patria misma, y con ansiedad y congoja transportado á país extraño. No fué arrojado de entre los suyos como el soberbio Nabuco por crimen que cometiera (1): no tenía más delito que ser hijo de Reyes.

Dios le sometió sin duda á esta prueba para enseñarle á no basar sus esperanzas en la gloria terrena; para hacerle comprender que todo en ella es vanidad y aflicción de espíritu (2), y que es necio el hombre que confía en su poder, y se gloria en la

(1) Dan., IV.

(2) Eccl., I, 14.

muchedumbre de sus riquezas y no teme al Altísimo (1), único Rey poderoso sentado sobre su trono eterno, Dios que domina (2) y muda los tiempos y las edades, traslada los reinos y los afirma (3).

El tiempo de la dura prueba pasó, y el Señor, que tras la tempestad hace la bonanza, y despues del llanto infunde la alegría (4), quiso se abrieran las puertas de la amada patria al joven Príncipe, que aclamado Rey vino á sentarse en el trono de sus mayores. Traía, Señores, grabada en su memoria y esculpida en su corazon la leccion que la Providencia le enseñara, y de aqui la sencillez de su trato, la dulzura de su carácter, el olvido de las ofensas recibidas, y la única ambicion de ser digno del altísimo puesto que ocupaba labrando la felicidad de todos. Cualidades nobilísimas que honran á los Reyes llamados á ser los padres de sus pueblos.

¿Habrán cesado para siempre las amarguras en el corazon del Rey desde que se vió poseedor pacífico de la heredada Monarquía? No, Señores; la vida es una alternativa constante, una lucha no interrumpida (5). La risa, dice el Sabio, será mezclada al dolor, y el llanto ocupa los extremos del gozo (6). Un dia se creyó feliz. Había dado su Real mano á augusta Princesa adornada de grandes virtudes: amor acrisolado había presidido al afortunado enlace, y á la grandeza del Trono y á la dicha de la paz de la Nacion se añadian las dulcísimas satisfacciones de la union de dos corazones que se comprendían y se amaban. Pero ¡ay! ¡qué bienestar y qué dicha son duraderos en la vida! Cuando en la apacible calma del corazon, poseedor de su tesoro, soñaba el Monarca en largos años de ventura, la muerte, con su helada mano, tocó la frente de la augusta Señora, y cual flor delicada que recibe la fria escarcha, se inclinó á la tierra y cayó deshojada en urna cineraria. ¡Triste despertar, repito, del agradable sueño! Dolor profundo abre honda herida en el pecho del Rey, y hace brotar sangre y lágrimas que empañan el brillo de la grandeza terrena, y le sumergen en amargura que no vence ni puede vencer la aparente felicidad de reinar, y que se sobrepone á las otras amarguras que el reinar produce.

(1) Ps., XLVIII, 7.

(2) Ecl., I, 8.

(3) Dan., II, 21.

(4) Tob., III, 22.

(5) Job., VII, 1.

(6) Prov., XIV, 13.

¿Recordais, señores, aquel día en que rodeado de sus Generales se dirigía el Rey D. Alfonso á su Palacio, y la mano de un sicario atentó á su vida lanzando mortífero proyectil, que desvió el Angel Custodio de España para que no se clavase en la coronada frente? ¿Recordais que en medio del pánico que sobrevino á los que presenciaron el peligro del Rey, éste permaneció sereno y se mostró superior á las impresiones que agitaron los corazones de todos? Un día despues tuve la honra de ser admitido á su presencia, y felicitarle porque la Providencia divina le había salvado del imprevisto é inminente riesgo. Agradeció bondadoso la sincera enhorabuena, y exhalando un suspiro, añadió estas frases: «Sensible es lo ocurrido por lo que pudiera afectar á la Nacion: en cuanto á mí, lo considero como triste consecuencia de reinar en estos tiempos; pero no me impresiona tanto como otras amarguras que siente el corazon. La muerte de la Reina, esa es mi pena, esa es la herida que permanece abierta. Seis años de amor y de esperanza se han reducido á seis meses de felicidad. Pasó como un sueño, y comparado con esta desgracia todo me parece nada».

Veis, señores, en las alturas del Trono los amargos dolores de la vida, acrecentados por el mismo fausto interior de la grandeza, que obliga á devorarlos en secreto, ahogando los suspiros en el fondo del corazon? Ansiando el alma apenada palabras que alivien su dolor, aprovecha un momento, que Dios depara, para abrir el corazon y depositar sus amarguras en otro corazon que tiene la mision divina de consolar al triste, invitándole á mirar al Cielo y adorar los designios de Dios, que solo allá tiene preparada felicidad cumplida para el hombre.

La fe y la esperanza cristiana adormecieron el dolor, y besando la mano del Padre celestial que mezcla agenjo en la copa de las delicias terrenas, se abandonó el Rey á las miras de la Providencia, y para asegurar la sucesion á la Corona y procurarse á si mismo la felicidad en la familia, impulsado por el amor que Dios le infundiera, dió su corazon y su mano á otra Princesa, no menos digna de sentarse en el Trono que enaltecieron con sus virtudes tantas Reinas de renombre imperecedero.

Nuevo periodo de bienestar y de dicha, la más sólida que en el mundo se ofrece, turbada un momento tan solo por el sobresalto de otro atentado que frustró tambien la bondad divina. Consuelo inefable en el amor de augusta Esposa y de frutos de bendi-

cion que Dios concede, esperanzas halagüeñas de nuevas y más copiosas bendiciones, la dulce calma de union pacífica en el seno de la familia, gratos ensueños de duradera felicidad, significados en preciosa joya preparada para conmemorar el día en que tuvo principio tanta dicha. Pero ¡ay! ese día no debía llegar.... ¡Desgraciado destino de los grandes como de los pequeños! ¡Otra vez el llanto amargo ocupando el extremo del gozo! La muerte, la implacable muerte tiende de nuevo sus negras alas, y con rápido vuelo se introduce en el Regio Alcázar, escoge su víctima y pone sobre ella su descarnada mano. Ni el dulcísimo amor de augusta Esposa, cuyo rostro inundan lágrimas que el dolor agudo arranca al corazón, ni las tiernas caricias de hijas inocentes, ni la juventud que tanto promete, ni la adhesión de fieles servidores, ni los peligros de la Pátria, ni el brillo de la Corona, ni la majestad del Trono la detienen, y apresurándose temerosa de que impida su acción destructora un poder superior, el de la plegaria que la Nación entera se dispone á elevar al Cielo, descarga sañuda el fiero golpe á cuyo impulso irresistible el Rey cae del Trono y exánime se esconde en la tumba.

¡Ah, señores! ¿Qué es la vida sino levisimo vapor que por breve espacio se levanta, y desaparece para siempre (1)? ¿Qué son los días del hombre, sino sombra vana que en carrera vertiginosa huye como empujada por el rayo del sol eterno (2)? ¿Qué es la gloria humana sino máscara de falso brillo que encubre la inquietud, el dolor y la flaqueza (3), fantasma que toma en sus brazos al hombre y le levanta á grande altura para desde allí precipitarle, haciendo más terrible su caída en las sombras de la muerte, y en el polvo del sepulcro (4)? ¡Dichoso quien no se deja seducir por el canto fascinador de la Sirena! Dichoso quien, á la luz de la fe, de la razón y de la experiencia repite con convicción sincera la palabra del Rey sabio: vi cuanto hay debajo del sol, y todo es vanidad y aflicción de espíritu (5), y dije: ¿por qué vanamente te engañas (6)? Dichoso mil veces quien busca la felicidad donde realmente se halla, en la eternidad, en Dios, y aspirando á ella sin descanso, la conquista con esfuerzo, exclamando como David: Qué hay para mí en el cielo, y fuera de Tí, qué he querido sobre la tierra; desfa-

(1) Jacob. IV, 15.

(2) Job. IX, 25.

(3) 1.ª Cor., VIII, 31.

(4) Job, XXI, 13.

(5) Eccles, I, 14.

(6) Id., II, 2.

llecio mi carne, pero el Dios de mi corazon es mi herencia para siempre (1): en él puse mi esperanza y no seré confundido eternamente (2).

Vosotros y yo esperamos de la misericordia de Dios, y lo pedimos con fervor, que esta sea la suerte eterna del malogrado Monarca, y que haya trocado la gloria fugaz de la tierra por la inmortal del Cielo. El Bautismo le hizo hijo de Dios y su heredero (3), infundiendo en su alma la virtud divina de la fe, y en esa fe vivió siempre, hijo de la Iglesia Católica, cuyo Supremo Pastor, el Venerando Pio IX, le apadrinó como ofreciéndose garante de su alma. Esa fe le llevó á Roma á los piés del gran Pontífice, y se arraigó más y más en su corazon cuando de manos del mismo recibió gozoso por vez primera la Comunión Eucarística, el pan de los ángeles, el manjar divino que llena al alma de gracia y le dá una prenda de la gloria venidera. Vos, Señor Eminentísimo, llevado por Dios á la cabecera del Rey moribundo, pudísteis confiadamente dirigir al Cielo la tiernísima plegaria de la Iglesia, que en momento tan solemne pide á Dios misericordia para sus hijos, que si pecaron como hombres, no perdieron la fe ni la piedad: y con ella alimentaron la esperanza y practicaron la caridad.

¡Cuántas obras de la piedad del Rey pudiéramos recordar! Es grato á mi corazon hacer memoria de su amor y devocion á la Madre de Dios, y de un rasgo de ella en especial. Yo le vi en Covadonga descender del Trono, y acercándose al altar depositar en mis manos, para colocarla en el pecho de la Virgen de las Batallas, preciosa Cruz de San Fernando, que en los dias de la tribulacion y en horas de peligro le ofreciera, implorando su auxilio poderoso. Agradecido á los beneficios de la Señora, cumplía el voto de su piedad, rebosando de alegría el corazon.

En ese corazon de Rey católico vivía la caridad, y se acercaba con amor al pobre, y le hablaba palabras de consuelo, y gozaba en enjugar lágrimas y remediar necesidades. ¡Qué recuerdos tan gratos de esta caridad benéfica conservarán la hermosa Andalucía y la fértil Murcia, y tantos pueblos y tantas familias generosamente socorridas! ¡Cuántas lágrimas de gratitud ha hecho brotar con sus liberalidades! Bienaventurado el varon que entien-

(1) Ps., LXXII, 25.

(3) Rom., VIII.

(2) Id., XXX, 2.

de sobre el necesitado y el pobre: en el día malo le librará el Señor (1).

Es dulcemente consolador para todo corazón cristiano, que llora la muerte de persona amada, recordar actos de virtud que alimentan la esperanza de que logra suerte feliz en la eternidad. y alientan el espíritu para orar. ¡Virgen santa, coloca en el Cielo sobre el pecho de tu siervo el Rey Alfonso la cruz con que su piedad te condecoró en la tierra! ¡Rey inmortal de los siglos, dá el ciento por uno al que por tu amor dió al pobre; dale el reino prometido á la caridad!

II.

La muerte, señores, no solo es un golpe rudo que hunde en el polvo la gloria terrena que á los Reyes hace aparecer grandes, reduciéndoles al nivel del más pequeño de sus súbditos, sino que tiene de suyo un alcance mayor y lleva la trepidación y el dolor á los pueblos que rigieron, presagiando desolación y quebrantos. Es que la historia, ese gran libro que convierte en presente lo pasado para que leamos el porvenir, muestra con frecuencia el destino y la suerte de los pueblos como encadenados á la suerte y al destino de sus Monarcas. ¡Cuántas naciones se vieron envueltas en ruinas y presa de enemigos poderosos luego que pasó del solio al sepulcro el Rey que las engrandeciera llevando sus huestes de victoria en victoria! ¡Cuántas detenidas en su gloriosa marcha de civilización floreciente, al faltarles el Soberano que protegió las ciencias, fomentó las artes y con leyes sábias y prudentes moralizó las costumbres y entronizó la justicia!

Los Reyes son la esperanza legítima de sus pueblos: felices, si son su gloria cumpliendo la misión altísima que de Dios reciben. Por ello, cuando tras largo período de turbación y de desorden, que acarrearán grandes desgracias y las preparan mayores, ocupa el Trono un Monarca adornado de nobles cualidades, nuncios de paz y presagios de prosperidad, la Nación alborozada le saluda esperando años venturosos. Así esperaba España á la venida de su Rey D. Alfonso XII.

Era un Príncipe de ánimo esforzado, sereno en los peligros, enemigo del ocio y amigo de fatigas militares; de corazón mag-

(1) Ps. LX, 2.

nánimo, que olvidaba las injurias y apreciaba la hidalguía, aun de aquellos que militaron en opuesto bando. Sabedor un día de desgracias que afligian á una familia por él no conocida, envióle palabras de consuelo y generosa dádiva, y cuando al presentársele y darle gracias el favorecido, le dijo con ingénuo sinceridad: «Señor, yo agradezco vuestro don, y bendeciré siempre vuestra mano; pero cúmpleme decir que he desenvainado la espada por otro Príncipe, á quien me ligan las tradiciones de familia, la convicción propia y un juramento á que no faltaré;» el Rey le abrió los brazos y le respondió al momento: «Antes os amaba porque sois desgraciado; ahora os amo más porque sois caballero y sois leal, y yo amo á los leales.»

Era un Príncipe que ansiaba el fomento de la agricultura, de las artes y la industria, y solazábase contemplando en magníficas Exposiciones los adelantos que auguraban bienes á los pueblos.

Admirador entusiasta de los grandes Reyes que tanta gloria dieron á España, recordaba con pasión sus hazañas y veneraba su memoria. Permitidme un recuerdo. Visitó la noble Asturias, y corrió á contemplar la gloriosa cuna de la restauración española en Covadonga. Allí, tierno infante, había sido confirmado en la fe; allí quería alcanzar la protección de María para sí y para su pueblo. Recorría su mirada aquellas breñas, recordaba los heroicos hechos de D. Pelayo, y una y otra vez me decía: «¡Qué grande es esto! ¡Cuánto dice al alma! En ninguna parte he sentido las impresiones que experimento desde que he llegado á este sitio de tan gloriosos recuerdos.» Oró con fervor ante el altar de la Virgen de las Batallas, y adelantándose una vez con paso ligero, penetró en la histórica cueva. Yo, señores, que le seguía de cerca, le sorprendí, cuando creía hallarse solo, besando con respeto el sepulcro del gran Pelayo. Allí mismo aplaudió con calurosas frases el proyecto de levantar un templo monumental que perpetúe la memoria de tantas glorias, alentándome á llevarlo á cabo con generoso donativo y con promesas más generosas de protección y auxilio.

Émulo de los grandes Monarcas de su mismo nombre, decretó la edificación en la Corte de suntuoso templo consagrado á la Madre de Dios, que reproduzca en este siglo demoleedor de magníficas obras de la fe y del arte, las que admiramos todavía de los siglos que pasaron; y en cumplimiento de solemne pacto obtuvo

del Romano Pontífice la erección de la Diócesis, y el título de Catedral de Madrid para el proyectado templo.

Dispuesto á ponerse al frente del Ejército, y lanzarse impávido al combate, si el derecho y el honor hacían la guerra necesaria, prefería, sin embargo, la paz, origen de bienestar y base de progreso, á los laureles regados con sangre que tan caros cuestan á los pueblos. Por ello en union con sus Ministros ha dado á la Europa y al mundo entero un ejemplo que ojalá fuese imitado, para bien de la humanidad, sometiendo internacional querrela al desapasionado juicio del que se llama y es Padre de reyes y pueblos.

Veíale España gozarse en sentar la primera piedra de edificios dedicados al culto de Dios, y al alivio del anciano y del huérfano: contemplábase, amante de sus pueblos, correr apresuradamente desafiando peligros y sufriendo alegre los rigores de crudoísimo invierno, para visitar las comarcas assoladas por inundaciones y terremotos, alentar á las infortunadas familias, y socorrer con mano pródiga á los desgraciados; admirábase decidido á trasladarse á Murcia invadida por la epidemia, no vacilando en provocar una crisis por el deseo ardiente de mostrar una vez más su amor al pueblo, y sobreponiéndose un día á todas las consideraciones, salir solo de su Palacio, y presentarse de improviso en Aranjuez para consolar á las víctimas del mortífero cólera.

Rasgos sublimes que conquistaron al jóven Monarca laureles envidiables; rasgos, cuya grandeza comprendió el hidalgo y noble pueblo de Madrid, que espontáneamente, y como un solo hombre, salió á su encuentro y le aclamó con entusiasmo, y le colmó de bendiciones, deseándole largo reinado, porque con razon, se prometía años de ventura y de gloria bajo el cetro de Rey tan bondadoso.

¡Ay! tantas esperanzas se han desvanecido de repente. La guadaña de la muerte segó cruel el hermoso tallo, y la flor que tal fragancia despedía, tronchada cayó al suelo sin dar tregua para gustar el esperado fruto. ¡Pobre España! ¿Será que sometida á dura ley de larguísima expiacion por lamentables extravíos, no has de ver tan pronto el término de tus desdichas? Humillada y en silencio adora los inescrutables y severos juicios de Dios.

Esperabas acaso demasiado en un hombre, y el Señor te ha privado de él, y te hace oír la palabra del Profeta: no queráis confiar en los Príncipes, en los hijos de los hombres, en quienes

no hay salud. Saldrá su espíritu, y su cuerpo volverá á la tierra, y en aquel día perecerán todos sus pensamientos (1). Feliz aquel cuyo ayudador es el Dios de Jacob, y su esperanza en el Señor Dios suyo (2), el solo Altísimo, el solo Rey poderoso, el solo Rey que no muere (3).

Si oprimidos por el peso de la desgracia miramos á la tierra, todo nos conturba: si impulsados por la fe levantamos los ojos á lo alto, la confianza renace y el pecho se dilata. El Rey D. Alfonso XII ha muerto, y á sentarse en su Trono es llamada débil Princesa de años infantiles, acaso un Príncipe que no ha nacido, cuando se percibe lejano y sordo rumor que sale de lo profundo, y amenaza explosion terrible de pasiones mal comprimidas, y do quiera se difunden doctrinas disolventes como miasmas que inficionan el aire, y se observa division, y discordia, y enfriamiento de corazones, que no respiran las auras de la fe, ni alientan al calor de la caridad, y aspiraciones orgullosas de intereses encontrados. ¡Triste es el presente: sombrío el porvenir! ¿La muerte del Rey será principio de nuevas y mayores desventuras, y, cubierta la cabeza con negro velo como el Profeta, nos sentiremos un día sobre ruinas, para entonar fúnebre lamentacion sobre la Pátria, por largo tiempo sin Rey, sin Príncipe y sin altar (4)?

Esperemos, señores. El Señor es el que quita y da la vida, el que abate y ensalza (5). Él levantará á España de su postracion. Espemos en Dios. Esperad en Él toda la cogregacion del pueblo, clamaba David; derramad ante Él vuestros corazones; Dios es nuestro ayudador para siempre (6); Él es el Rey que no muere, y su reino no será destruido, y su poderío hasta la eternidad; Él es el que libra y el que salva, el que obra señales y prodigios en el cielo y en la tierra (7). Él muda los tiempos y las edades, traslada los reinos y los afirma (8). Ministros suyos son los Reyes de la tierra (9), á quienes señala una mision y el tiempo de ella. Cumplido el designio de Dios, desaparecen: ni una hora más, ni un paso más allá; pero el Rey eterno permanece para

(1) Ps., CXLV, 2.

(2) Idem, id., 5.

(3) Eccli., I, 8.

(4) Osee., III, 4.

(5) I. Reg. II, 6, 7.

(6) Ps. LXI, 9.

(7) Dan., VI, 26.

(8) Idem, II, 21.

(9) Rom., XIII, 14.

siempre, y suscita nuevo instrumento de sus adorables designios, sin que haya sabiduría, ni prudencia, ni consejo de los hombres que obsten á su cumplimiento (1).

Y notadlo, señores, Dios se place en elegir siempre instrumentos débiles para sus obras, y se vale de lo pequeño, de lo humilde, de lo que no es en concepto de los hombres, para confundir al que blasona de fuerte, al que presume ser (2). ¡Qué importa que el llamado por Dios sea un niño como Joás, salvado providencialmente del furor de bárbaro enemigo (3)? ¿Qué importa que sea un niño y que conspiren enemigos poderosos, si Dios le cubre con su escudo y le salva, y creyendo se levanta para dar dias de gloria á la Patria, que le apellida Alfonso VIII *el Noble*? ¿Qué importa que sea una débil mujer, si sostenida por el espíritu de Dios, es la mujer fuerte, la admirada heroína que se llama Isabel *la Católica*?

Como fué, así será, señores, si la España se hace digna de tanta dicha. Vuelva á ser la Nacion católica por excelencia: sea otra vez el pueblo de un solo labio y un solo corazon, cesando divisiones y ahogando pasiones mezquinas, y será la Nacion grande entre las naciones, como en los días de sus pasadas glorias.

Lo esperamos, Dios mio: muéstranos tu misericordia y seremos salvos (4). En tí esperaron nuestros padres, y no fueron confundidos (5). Tuya es la grandeza y el poder, la gloria y la victoria: tuyo, Señor, el reino, y Tú sobre todos los Principes (6). Tú tienes en tus manos al corazon de los Reyes y le inclinas á lo que te place (7). Tú dominas sobre el poder del mar y amansas el movimiento de sus ondas. Tú humillas al soberbio como á un herido, y con el brazo de tu poderío esparces á tus enemigos (8). Tú te vales de instrumento débil para grandes obras á fin de que no se gloríe en ellas el hombre (9), y reconozca que á Tí solo es debido el honor y la gloria (10).

Nos hemos congregado para orar. Oremos, hermanos, por la Patria, por la Real familia y por el difunto Rey. Descienda, Dios mio, tu gracia sobre el augusto vástago á quien destinas el Trono de San Fernando y de Isabel la Católica; consuela y ampara

(1) Prov. 21, 30.

(2) 1.^a Cor. 1. 27.

(3) 4.^a Reg., XI.

(4) Ps. LXXXIV. 8.

(5) Id., XXI. 6.

(6) 1.^a Paralip., XXVIII. 11.

(7) Prov., XXI, 1.

(8) Ps. LXXXVIII, 10.

(9) 1.^a Cor., 1, 29.

(10) Rom. XVI, 27.

con tu escudo á la virtuosa Reina, que llora desconsolada su temprana viudez, para que rija con acierto los destinos de tu pueblo. Derrama luces de celestial sabiduría sobre el Gobierno para que en todo obre segun tus designios; disipa las tempestades que nos amenazan; convierte el corazon de los padres á sus hijos y el de los hijos á sus padres (1); desaparezca toda division en las familias y en los pueblos; renazca y germine poderosa la fe con la piedad, para que no seamos envueltos en ruina y heridos por tu anatema (2). Salva, Señor, á la España, y al Rey que le quitaste, llamándole á tu seno, dale descanso, dale gloria, dale corona en el reino de la eternidad.

(1) Malach. IV. 6.

(2) Malach, IV, 6..



con la escuela de virtudes, para que los destinos de tu
temporalidad, para que los destinos de tu
pueblo. Herma tuca de celestial sabiduría sobre el Gobierno
para que en todo obedas en los destinos, desde las tempestades
que nos amenazan; conviértete el corazón de los portales a sus
ríos y de las llamas sus pasadas y de las aves toda división en
las familias y en los pueblos; tenaz y fértilmente pedrosa, la
con la verdad, para que no seamos crucificados en una y heridos
por la verdad, en solva, Señor, y la España, y el Rey que
dijiste, llámalo a tu seno, date descanso, dale gloria, date
corona con el reino de la eternidad.

En Madrid, a 10 de Mayo de 1808. Yo el Alcalde, D. J. de...



**A las solemnes honras de S. M. el Rey Don ALFONSO XII
(Q. S. G. H.), asistieron los Prelados siguientes:**

El Excmo. é Ilmo. Sr. Nuncio de Su Santidad; Arzobispo de Heráclea; los Emmos. Sres. Cardenales Arzobispos de Toledo, Zaragoza y Valencia; los MM. RR. Sres. Arzobispos de Valladolid y Granada, y los RR. Sres. Obispos de Almería, Ávila, Barcelona, Cádiz, Calahorra y la Calzada, Cartagena, Córdoba, Cuenca, Jaca, Jaen, Madrid-Alcalá, Málaga, Orihuela, Salamanca, Santander, Sigüenza, Teruel, Vitoria, Zamora y Filipópolis, Administrador Apostólico de Ciudad-Rodrigo.

4000 p
lars

A las señoras señoras de S. M. el Rey Don ALFONSO XII
(O. S. G. H.) asistieron los Prelados siguientes:

El Excmo. Sr. Nuncio Sr. Nuncio de Su Santidad, Arzobispo
de Toledo; los Emms. Sres. Cardenales Arzobispos de Tol-
do, Zaragoza y Valencia; los MM. RR. Sres. Arzobispos de
Valencia y Granada y los RR. Sres. Obispos de Almería,
Lugo, Barcelona, Cádiz, Calahorra y la Cañada, Cartagena,
Córdoba, Guadalupe, Jaca, Jaén, Madrid-Alcalá, Málaga, Orense,
Salamanca, Santander, Segovia, Tordesillas, Zamora,
Zaragoza, Administrador Apostólico de Ciudad Ro-

